

Dios creó al ser humano: polvo de la tierra. Comunidades indígenas en América Latina leen la Biblia desde contextos marginados. Hans de Wit, Edgar A. López López, eds. Bogotá: PUJ, 2025, 754 pp.

Un libro tejido desde la tierra y desde los pueblos

Dios creó al ser humano: polvo de la tierra es, sin exagerar, uno de los proyectos hermenéuticos más audaces, densos y necesarios que se han producido en Abya Yala en las últimas décadas. Más que un libro, es un testimonio vivo de cómo la Biblia, leída desde territorios heridos por la colonialidad, vuelve a respirar con nuevos sentidos. El volumen reúne cinco años de trabajo sistemático, con casi 300 lectores y lectoras indígenas de México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Todas estas comunidades se reunieron alrededor del texto de Génesis 2,4b–25 para un ejercicio único de lectura intercultural empírica, donde el texto bíblico se entrelaza con cosmovisiones, memorias y espiritualidades ancestrales.

La obra es monumental por su extensión (754 páginas) y por la diversidad de voces que contiene, pero es aún más monumental por su propósito: permitir que la Palabra de Dios sea leída por quienes históricamente fueron leídos y descritos por otros, y desafortunadamente no escuchados.

El libro se organiza en cinco amplios capítulos y un epílogo. Cada uno cumple una función en la arquitectura del proyecto: presentar la metodología, describir las comunidades, recoger testimonios, analizar estudios de caso y extraer temas transversales. Pero lo más innovador es la metodología. Hans de Wit, junto a Edgar A. López y el equipo de autores, proponen una *hermenéutica empírica intercultural* basada en el triple encuentro caracterizado por:

- La comunidad indígena, con su mundo simbólico y sus prácticas ancestrales.
- El texto bíblico, leído sin mediaciones jerárquicas ni tutelas coloniales.
- Un “grupo par” de otro país o cultura indígena, con quienes se comparte la lectura para abrir horizontes, contrastar experiencias y practicar hospitalidad.

Esta dinámica convierte la lectura en un espacio ético: quien lee, se expone; quien escucha, acepta la vulnerabilidad del otro; quien interpreta, se deja transformar. Es una teología hecha sin prisas, desde la tierra, desde el cuerpo y desde la palabra hablada. El libro muestra cómo esta metodología produce interpretaciones nuevas, auténticas, imposibles desde los espacios académicos tradicionales y nuevas comprensiones sobre el texto a partir de los protagonistas

de la investigación: Las comunidades indígenas que leen, analizan, comparten y estudian el texto.

Uno de los mayores aciertos de la obra es que *cede la palabra* a las comunidades originarias del continente que siempre escucharon pasivamente el texto. Los capítulos dedicados a las “Impresiones vivas” y a los “Testimonios” son, quizá, el corazón del libro: allí aparecen los rostros, las ocupaciones, los sueños, las luchas y las memorias de las comunidades que participaron en el proyecto a partir de la lectura de Gn 2, 4b-25. Este relato de la creación hebrea hace que aparezcan experiencias como de la mujer Nasa que evoca a los abuelos mientras lee el Jardín del Edén; el líder Wayúu que entiende el “polvo de la tierra” como territorio, clan, memoria; las mujeres Aymaras que afirman que el ser humano es un “invitado” en la creación; la comunidad mapuche que señala la responsabilidad humana de cuidar —no dominar— la vida.

Las lecturas son diversas y extensas (capítulo 3 y 4), pero existe un hilo común: la tierra es un ser vivo, no un objeto; la humanidad nace en relación, no en aislamiento; el agua, las plantas y los animales son parientes, no recursos. Esta perspectiva biocéntrica, transversal en el libro, cuestiona el antropocentrismo cristiano heredado y abre caminos para una eco-teología profundamente enraizada en Abya Yala.

Otro tema recurrente surge del encuentro entre grupos pares: al comparar sus interpretaciones, las comunidades identifican puntos comunes en sus espiritualidades, pero también desafíos internos, como la violencia de género, el patriarcalismo o las tensiones entre tradiciones indígenas y estructuras eclesiales. El libro no idealiza a las comunidades: reconoce sus heridas y contradicciones y deja ver cómo el proceso de lectura también se convierte en un espacio de crítica interna, de conversión y de transformación.

El extenso capítulo 4 sobre los estudios de caso constituye la columna vertebral del proyecto y es un aporte metodológico verdaderamente excepcional. Allí se reconstruye, paso a paso, cómo las comunidades leen, dialogan, argumentan, se confrontan y finalmente formulan sentidos colectivos del texto. Es posible ver el movimiento hermenéutico “en vivo” a partir de los siguientes movimientos o pasos:

- cómo se activa la memoria ancestral;
- cómo se negocian sentidos;
- cómo emerge la voz de las mujeres;
- cómo la mirada del “grupo par” abre dimensiones insospechadas;
- cómo el texto bíblico cuestiona prácticas culturales y confirma intuiciones profundas.

Estos estudios son clave para quien investiga o trabaja hermenéutica empírica, teología indígena y metodologías participativas con comunidades. Y este material lo saben aprovechar bien los editores para dar la voz a las comunidades

y empoderarlas tanto del proceso como para lo que puede seguir en cuanto a lectura bíblica y compresión del texto a partir de este significativo ejercicio comunitario.

Los temas transversales del capítulo final ofrecen una síntesis lúcida del potencial teológico del proyecto en los que se puede visualizar algunas orientaciones para una pastoral bíblica indígena en el continente. Sobresalen al menos tres aportes:

Primero, una visión biocéntrica y relacional de la creación. Las comunidades reinterpretan el relato de Génesis como un llamado a la reciprocidad con la tierra, a la defensa del territorio, y a una espiritualidad donde lo humano, lo vegetal, lo animal y lo divino coexisten en una red de vida.

Segundo, un diálogo profundo entre Biblia y mitologías ancestrales. Lejos de sustituir las tradiciones indígenas, el texto bíblico se convierte en un espacio de conversación simbólica donde los mitos originarios de Abya Yala dialogan con el relato yahvista de la creación, generando una hermenéutica descolonizadora y creativa.

Tercero, orientaciones claras para una pastoral indígena. Quizá uno de los mayores aportes del libro es su potencial pastoral, al ofrecer claves para promover lecturas comunitarias, no cléricales; fortalecer la autodeterminación de los pueblos; integrar arte, ritualidad y memoria en la lectura bíblica; acompañar procesos de sanación de violencias; fomentar dinámicas interculturales entre comunidades indígenas; impulsar una pastoral ecológica, territorial, dialogante y no impositiva.

Este libro no solo describe una experiencia: ofrece un modelo replicable para procesos de pastoral bíblica indígena en el continente.

A nivel personal considero que el libro es una obra mayor: sólido, interdisciplinario, documentalmente impresionante. Su mayor fortaleza es haber permitido que la Biblia sea leída desde la tierra y desde las heridas, sin domesticar las voces indígenas ni forzar categorías teológicas externas. De igual manera, como todo trabajo de investigación aplicada presenta desafíos. Su extensión puede dificultar su uso pastoral directo, las resistencias de algunas comunidades para integrar a su experiencia de fe cristiana las prácticas ancestrales olvidadas o no reconocidas (lo sucedido con la comunidad de Perú que no terminó el proceso), el desafío de seguir poniendo el texto en las manos de las comunidades y seguir reconociendo en sus prácticas una Palabra interpretada desde el sentir y las realidades de la comunidad -donde no se supera la mediación de la autoridad- pero sí se reconoce el lugar de la comunidad.

Dios creó al ser humano: polvo de la tierra es un libro que emociona, desafía, ensancha la mirada y recuerda que la Palabra sigue viva cuando escucha y es escuchada. Su mayor mérito es demostrar que la Biblia es un territorio de encuentro intercultural, capaz de sanar recuerdos coloniales de dominación e

imposición, fortalecer identidades y abrir horizontes para una pastoral indígena profundamente enraizada en la vida real de los pueblos de Abya Yala.

Quien tome este libro en las manos no encontrará una lectura más del relato de creación del Génesis, centrado muchas veces en la idea de dominación de la creación y de la mujer por parte de Adán; por el contrario encontrará la memoria viva de los pueblos indígenas leyendo la Biblia desde sus mundos, sus heridas, sus territorios y sus sueños. Es un libro que hay que leer despacio, con humildad y con los pies en la tierra, porque es una experiencia de lectura que transforma a quien lo lee.

Jhon Fredy Mayor Tamayo¹

¹ Profesor e investigador catedrático y miembro del grupo de *De Humanitate* de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali. Email: jhon.mayor@javerianacali.edu.co / Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-79261729>. Profesor invitado de posgrados en teología y teología bíblica en Licenciatura Canónica en Teología Pastoral (CEBITEPAL – CELAM), Maestría en Teología de la Universidad Bautista de Cali y el Doctorado en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Autor de artículos y coordinador de números de RIBLA. Doctor y Magíster en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (2023).